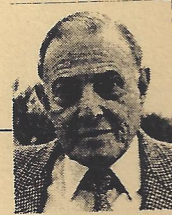


ANTONIO GARCIA VERDUCH



## Los dientes del caballo

**N**o sé cómo ni de qué manera llegó un día hasta el recóndito escondrijo de mi cerebro, donde almaceño las empolvadas ideas de menor uso, un curioso acaecido -o no acaecido, que para el caso es lo mismo- que en más de una ocasión se ha escapado de mi desván, y ha venido a deleitar mis horas con su candorosa ingenuidad. La historia, que con más o menos fidelidad, ha conservado mi memoria, podría narrarse de la siguiente manera:

"Allá por el año de Nuestro Señor de 1432 surgió una encendida disputa entre los miembros de una ilustre comunidad acerca del número de dientes que tiene el caballo. Durante trece días continuó sin descanso la encarnizada discusión, y para apoyar unas y otras opiniones se sacaron escritos antiguos y crónicas, y salió a relucir una erudición tan maravillosa y abrumadora como jamás se había conocido en aquel recinto.

Al comienzo del decimo-cuarto día, uno de los miembros más jóvenes -casi un muchacho- que no pasaba de aprendiz de sabio, pidió permiso a sus instruidos superiores para añadir una idea a la discusión. Y enton-

ces, sin titubeos, y ante el indignado asombro de los presentes, los exhortó a que mirasen en la boca abierta de un caballo, y aclarasen así, de una vez, todas sus dudas. Entonces, al ver su dignidad científica seriamente herida por el atrevimiento de este jovenzuelo, se enojaron profundamente y, unidos en un mismo clamor, se abalanzaron sobre él, lo golpearon y lo arrojaron fuera del recinto.

Seguramente Satán -dijeron- ha tentado a este neófito atrevido para que proclamase extraños procedimientos de hallar la verdad, en contra de las enseñanzas de nuestros padres, y en contra de toda la sabiduría acumulada durante siglos.

Después de muchos días más de acaloradas discusiones, la paloma de la paz descendió sobre la asamblea. Entonces, todos a una, declararon que el número de dientes que tiene un caballo continuaría siendo por siempre un misterio, debido a la falta de pruebas históricas y filosóficas. Y así se ordenó que quedase escrito".

Al recoger esta última gota amarga de la narración, uno no sabe si llorar o reír. Todo ello es tan divertidamente absurdo, que realmente no se puede llorar ni reír con la historia en sí, si-

no con el tropel de símiles de nuestra vida de hoy que, por forzada relación de ideas, se nos agolpan en las mientes.

En la era actual, en que el hombre es capaz, no solamente de abrirle la boca a un caballo, sino de abrísela al mismísimo espacio sideral, aún quedan, por desgracia, reductos de esa tozudez medieval, que se resisten a incorporarse a la época en que vivimos.

Aunque parezca increíble, los caminos directos son los menos transitados. Las soluciones primarias -que son las fáciles- no llegan a nuestra mente en primer lugar, como debieran, sino en segundo. Por extrañas razones, al hombre le atraen los vistosos y elaborados ropajes de las soluciones complicadas y, por el contrario, se siente desolado ante la desnudez de las soluciones simples.

La narración que hemos glosado nos incita a revisar meticulosamente el proceder que habitualmente empleamos para descubrir la verdad de los hechos naturales. El argumento de este peculiar episodio puede despertar risa en algunos, pero yo esperaré a que soltase la primera carcajada aquel que le haya abierto ya la boca al caballo.